

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 18, 20-32): *¿Es que vas a destruir al inocente con el culpable?*

Salmo (137, 1bcd-2a.2bcd-3.6-7ab.7c-8): *«Cuando te invoqué, me escuchaste, Señor»*

2ª lectura (Colosenses 2, 12-14): *Poe el bautismo fuisteis sepultados con Cristo y resucitado con Él.*

Evangelio (Lucas 11, 1-13): *Señor, enséñanos a orar.*

Esta es nuestra vida de cristianos, de hijos de Dios. La dignidad y grandeza nos viene dada, porque estamos llamados a vivir en la presencia del Padre. La Palabra de Dios nos acerca a esa relación de confianza y cercanía, de cada persona con Dios. Porque hemos sido creados por Amor y para el amor (a Dios y a los hermanos). Y porque nuestra oración-relación con este Padre lo llena todo; la oración no es un adorno, ni un añadido, a lo que ya somos y vivimos. Es ese clima y relación que ilumina toda realidad, en donde encontramos apoyo, sentido y fortaleza. “*Cuando te invoqué, Señor, me escuchaste*”. La nuestra no ha de ser una relación como pidiendo razones o exigiendo comportamientos a Dios, sino algo natural, sencillo: la relación con un Padre del que esperamos en cada momento lo mejor que nos puede dar.

Abrahán, que vivió confiando en Dios, “*negocia*” y habla a su Señor, casi hasta el cansancio, desde la confianza total, pidiendo el perdón para los demás..., hasta conseguir la atención de Dios. Confianza e insistencia en mirar por los demás..., y apelar a la justicia de Dios que se manifiesta en favor de las personas. Dios no está lejos de su pueblo, de sus hijos, sino que mira y baja a ver las razones de su acusación. Aquí no hay ningún temor, sino total confianza en que, aunque exista razón para la condena, el amor del Padre se manifiesta en el perdón y la misericordia. No destruiré la ciudad, dirá Dios, sin encuentro en ella algún justo. Solo alguien de mucha confianza puede hablar a Dios como le habló Abraham. Pero él conoce a su Dios, él se sabe amigo de Dios y por eso pide, busca, insiste...

La relación-oración con Dios siempre es escuchada. No hablamos a una idea, sino a una presencia que nos guía por el camino de la vida, mostrándonos su Misericordia, porque el Padre nos ha dado su Vida y su perdón en Jesús. Llamados por el Bautismo, nos decía Pablo, por haber creído, vivimos en la Vida. No hay lugar para el abandono. Hay lugar para la Vida resucitada, porque todo mal quedó clavado en la Cruz de Jesús.

A veces seguimos preguntándonos cómo tiene que ser la oración. Que si solos o con los demás, que si en silencio o en medio de las tareas. Y Jesús, el Maestro de oración, también nos enseña. Sus amigos le dijeron: Señor, enséñanos a rezar, dínos Tú “*cómo*” se hace. Y Jesús se retira un poco, dedica tiempo, se abre a la relación y la escucha, y llama a Dios Padre nuestro. Ese es el modelo, que acompaña con la imagen de un amigo que insiste una y otra vez, y con la de un padre que nunca da nada malo a sus hijos. Jesús nos dice que el nuestro es un Padre/Madre con entrañas de amor y de misericordia que nos da lo mejor que tiene: su mismo Espíritu.

Jesús era un hombre de oración, pero, iba más allá de las oraciones de su pueblo. Sin duda habría aprendido las tradiciones de sus mayores y, entre ellas las referentes a las oraciones que se hacían en casa. Rezaría guiado por José, en agradecimiento por los alimentos de cada día. Repetiría el: “*Shemá Israel*” al entrar o salir de su casa. Asistiría, al llegar la edad adecuada, a las oraciones en la sinagoga, donde además escucharía y comentaría algunas palabras de la Ley o de los Profetas. Sin duda, podría recitar muchos salmos de memoria y se uniría así a la oración de su pueblo. Pero, además, buscaba momentos tranquilos y espacios solitarios para ponerse en oración. Y esto se le notaba.

«*Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos*». Cuando Jesús nos quiso enseñar a rezar, no nos puso delante del misterio de Dios haciéndonos reconocer nuestra insignificancia o pequeñez. No nos dijo que rezáramos diciendo: “*Dios todopoderoso*” o “*Augusta Trinidad*” o “*Señor mío*”, o cualquiera de las expresiones que a veces la liturgia o la devoción ponen en nuestros labios, y no sin razón. No, Jesús quiso que al rezar experimentáramos ante todo la gracia de un Dios que se nos hace cercano, “*familiarmente cercano*”, a quien nos invita a llamar «*Padre nuestro*».

El salmista también sabía estar con el Señor. El salmo 137 que recitamos hoy, nos ofrece un magnífico ejemplo de oración de gratitud: «*Te doy gracias, Señor, de todo corazón, porque escuchaste las palabras de mi boca*», repetimos como refrán entre los versos del salmo que nos recuerda que el Señor escucha nuestros ruegos, y por eso el salmista nos invita a cantar y a adorar al Señor. Y de una forma intensamente personal, concluían los versos que recitamos: «*Tu amor perdura eternamente; obra tuya soy, no me abandones*». Si lo entremezclamos con la oración de Jesús. Diríamos: “*Papá, soy tu hijo, soy tu obra; no me abandones, porque tu amor no conoce límites, tu amor perdura para siempre*”.

Jesús quiere que lo primero que aprendamos sus discípulos de todos los tiempos es que Dios está cerca, muy cerca, y que podemos decirle “*Padre nuestro*” porque somos su obra, hechura de sus manos, a quienes Él nunca quiere abandonar. Jesús quiere que aprendamos a estar con nuestro Padre, a quedarnos con Él. Y así, en esa comunión de vida poder vaciar ante Él, todo cuanto llevamos en nuestro corazón.